

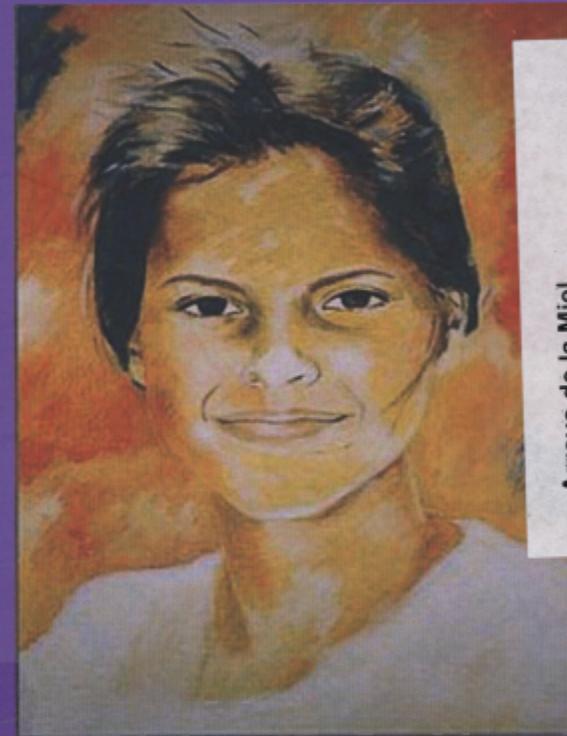
VIII certamen literario
CENTRO DE LA MUJER
DE BENALMÁDENA



DELEGACIÓN DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA



BEN
82-3
CER
oct



Arroyo de la Miel
Sig.: BEN 82-3 CER oct
Tit.: VIII Certamen Literario Ce
Aut.:
Cód.: 1001498048 R.35409 FL

En conmemoración del
DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 de marzo de 2007)

VIII CERTAMEN LITERARIO
CENTRO DE LA MUJER DE
BENALMÁDENA



En conmemoración del

R.35409

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER

(8 de marzo de 2007)

TRABAJOS PREMIADOS

1º: Y SUCEDIÓ

(José Manuel Moreno Pérez)

2º: CRUCE DE CAMINOS

(Nuria Calvo Flores)

3º: TODO ES PONERSE

(Yolanda Díaz Gutiérrez)

DELEGACIÓN DE LA MUJER

AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA



VIII CERTAMEN LITERARIO
CENTRO DE LA MUJER DE
BENALMÁDENA

In conmemoración del

DÍA INTERNACIONAL DE LA MUJER
(8 de marzo de 2007)

TRABAJOS PREMIADOS

1.º Y AUCEDIO

(Lucas Manuel Moreno Pérez)

2.º CRUCE DE CAMINOS

(Irene Galvo Flores)

Edita Caligrama para:

Centro de la Mujer

AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA

Depósito legal: SE-1240-2007 Unión Europea

Printed by Publidisa

DELEGACIÓN DE LA MUJER
AYUNTAMIENTO DE BENALMÁDENA

Y sucedió

José Manuel Moreno Pérez

Y sucedió que Anita junto a su mamá cruzaron el océano y asistieron en directo al milagro. En apenas siete horas las calles de tierra se tornaron asfaltadas, las casas desvencijadas se transformaron en prominentes edificios de cristal, y las gentes desaliñadas mudaron en impecables seres trajeados. Así aconteció, el marchito y miserable pueblecito de interior allá en la deprimida Sudamérica se transfiguró en una populosa ciudad acá en la industrializada Europa Occidental. ¡En sólo siete horas! Sólo siete horas y el subdesarrollo crónico dio paso al novedoso consumismo desaforado. Era éste sin duda un suceso digno de identificarse con la magia o quizá sería más propio decir, con la brujería.

Y sucedió que Anita y su mamá recalaron en un enorme aeropuerto donde gentes refinadas cargaban maletas refinadas en busca de destinos refinados. Y Anita percibió cómo su mamá era presa de un nerviosismo creciente, quizá por la llegada a un país donde en el mejor de los casos serían inmigrantes ilegales y en el peor sucias sudacas de mierda, quizá por eso o quizá por dejar atrás los vestigios, la familia, el calor, no sabía, la cosa es que Anita notaba el acelerado latir del corazón de su progenitora como el torrente que amenaza la presa.

Y sucedió que Anita y su mamá pasaron por el control de pasajeros y por los arcos detectores, y fueron visionadas por los expertos ojos de los uniformados expertos en visionar gentes, y sólo cuando toda aquella tecnología vio y volvió a ver que Anita y a su mamá eran Anita y su ma-

má, éstas pudieron coger la maleta. Y fue entonces cuando Anita advirtió que el pulso de su madre descendía y que la tranquilidad sustituía a la tensión. Y eso la relajó a ella también y pensó que era buena cosa.

Y sucedió que fueron recogidas en el aparcamiento del aeropuerto por un amable compatriota suyo. Y fueron montadas en coche perfecto con el que recorrieron carreteras perfectas por las que circulaban miles de coches perfectos a manos de seres perfectos. Y las carreteras mutaron en pulcras avenidas custodiadas por pulcros edificios de viviendas donde sin duda residían pulcros ciudadanos. Y las avenidas se transformaron en calles trufadas de llamativos escaparates, de sugestivas cristalerías repletas de todo, de todo lo que se puede comprar. Y Anita notó cómo su mamá sonreía interiormente ante aquel despliegue de mercaderías. Y Anita pensó que aquello también tenía que ser buena cosa.

Y sucedió que el coche se detuvo frente a un edificio de un barrio sin demasiados escaparates. Y Anita y su mamá fueron guiadas frente a un tipo rechoncho de cara picada por la viruela. Y el hombre sonrió y señaló a la mamá de Anita la puerta de un baño. Y la mamá de Anita dejó la maleta y se introdujo allí junto a su hija, y se levantó el vestido y bajó sus bragas, e ignoró el inodoro y eligió un barreño que había junto a él, y tras esto procedió a defecar.

Y sucedió que los excrementos que cayeron sobre el recipiente no eran de carácter orgánico, sino que tenían un aspecto blanquecino y extrañamente circular. La inexplicable operación se prolongó un tiempo durante el cual los agradables compatriotas se interesaron una y otra vez por el devenir de la intimísima labor. Y finalmente la mamá de Anita terminó, y procedió a lavar las bolas plastificadas en

presencia de sus paisanos. Y cuando hubo hecho esto todos sonrieron. Y Anita pensó que eso era buena cosa.

Y sucedió que tras las risas vinieron las copas y los brindis por la nueva vida en la forastera tierra de provisión. Y tras esto a la madre se le habló de la deuda, de la deuda adquirida, del precio por recorrer las perfectas carreteras y sus pulcras avenidas trufadas de sugestivos escaparates, del coste que conllevaba aquel milagro o acto mágico que transformaba la pobreza natal en opulencia. Y la mamá de Anita señaló lo defecado como el precio del viaje, subrayando el riesgo corrido, destacando la peligrosidad de aquel gesto y la pena carcelaria a la que se había expuesto, pero los hombres no lo vieron así e insistieron que el milagroso billete no estaba pagado. Y Anita percibió cómo el corazón de su mamá latía de nuevo como cuando pasaron por aquellos arcos en el aeropuerto. Y Anita pensó que aquello no podía ser bueno. Y las lágrimas y los ruegos alcanzaron el paroxismo frente a los inmutables rostros de sus dueños, y tras ellos llegó la rebeldía y la negación. Esa no fue buena idea.

Y sucedió que los simpáticos compadres de la madre mutaron los rostros risueños por máscaras de guerra, y los golpes surgieron. Poco importó a aquellos hombres de negocios que Anita estuviera presente, no detuvieron por ella los puños ni refrenaron la intensidad de la paliza, sólo la inconsciencia de la madre dio por finalizado el aprendizaje. Anita no lo sabía pero fue aquello una clase de adaptación al nuevo mundo, nuevo país nuevas leyes, nuevas reglas, nuevas normas, aunque a decir verdad, las leyes, las reglas, incluso los golpes, se parecían bastante a aquellos que habían intentado dejar atrás al otro lado del océano. Quizá las leyes, las reglas, los golpes no tengan que ver

con el lugar físico que ocupes sino con quien seas, pero esto era algo que se le escapaba a Anita.

Y sucedió que Anita y su mamá fueron metidas de mala manera en un coche y escoltadas hasta un local situado en un barrio gris donde los escaparates eran inexistentes. Y la madre de Anita recuperó la consciencia para descubrirse en un lupanar donde debía pagar la deuda. Entonces la tensión y la rabia brotaron de su interior y se revolvió contra sus amos intentando la huida, pero varias manazas hicieron presa en el frágil cuerpo de la mujer rindiendo su voluntad. Y Anita contrajo su cuerpo pensando que los golpes llegarían de nuevo, pero se equivocó, esta vez fueron los zarandeos y empujones los que llevaron a su madre sobre el suelo. Y fue allí, sujeta como res que va a ser marcada, que la ropa le fue arrancada, las piernas inmovilizadas y su cuerpo violado. Tampoco en esta ocasión importó a los maltratadores la presencia de Anita, se diría incluso que más que incomodarles les motivó. Y la vejación se repitió hasta que la madre de Anita rogó entre lloros que la permitieran aceptar su esclavitud. Y fue entonces, y sólo entonces, que los hombres se apartaron liberándola. Y la conmocionada Anita pensó que por fin aquello estaba bien.

Y sucedió que Anita y su mamá resultaron presas en algún calabozo marginal donde día tras día hombres impolutos con coches perfectos y conciencias parcheadas procedían a violar a la mujer. El tiempo se detuvo y comenzó a desgranarse con suma lentitud en aquel mundo mágico y milagrero. Los días se fusionaban en una masa indecente de dolor, vergüenza y rabia para perder nitidez y terminar siendo algo indefinible que gotea con la cadencia monótona de una existencia rendida. Los llamativos escaparates y sus sugestivos contenidos no pudieron ser visitados, la fe-

licidad enlatada que aquellas cristaleras iluminadas prometían no pudo ser adquirida, toda la parafernalia de aquel desarrollado universo de Primer Mundo quedó en un artificio vano, porque lo único importante, lo básico, lo fundamental, era una deuda, una deuda que nunca menguaba sino al contrario, aumentaba y crecía con el paso de los días. Y en un momento dado, cuando la rabia y el odio desaparecieron de las pupilas de su madre, Anita supo, porque su mamá se lo susurró una noche, que no abandonaba la vida por no abandonarla a ella.

Y sucedió que llegó el día en que la mamá de Anita se puso mala y fue llevada al hospital. Y un montón de extraños hombres de verde se abalanzaron sobre ella, y la entubaron, y la monitorizaron, y la medicaron, y hecho todo esto, todo lo que la ciencia y la tecnología del mundo desarrollado pueden hacer, la mamá de Anita murió.

Y sucedió que justo en ese instante, o un instante después, o quizá un instante antes, para que su madre pudiera cumplir la promesa hecha, Anita se abrió paso a través de las paredes de vagina viniendo a nacer en el primerísimo y civilizadísimo Primer Mundo.

Y sucedió que por el simple y estipulado hecho de que Anita surgiera de un sexo femenino en el suelo de la hipertecnificada Europa Occidental, fuera Anita, desde ese mismo instante y sin más esfuerzo, una ciudadana de pleno derecho de la hipertecnificada Europa Occidental. Y no pareció importarle a nadie que sólo hiciera unas semanas desde que la extranjera Anita y su extranjera mamá cruzaran un océano huyendo de la miseria y del dolor, como no pareció importarles que un instante antes del alumbramiento Anita y su madre fueran en el mejor de los casos unas inmigrantes ilegales y en el peor sucias sudacas de mierda, nada de esto pareció tener importancia y nadie se

cuestionó la lógica del procedimiento. Todos sintieron la muerte de la mujer inmigrante al tiempo que aplaudieron la llegada de una nueva ciudadana del Primer Mundo.

Y sucedió que Anita nunca supo quién era justo antes de nacer.

Cruce de caminos

Nuria Calvo Flores

Una interminable hilera de coches definía el paisaje típico de la ciudad en hora punta. Pese a que, desgraciadamente, todos estaban acostumbrados al embotellamiento de las ocho de la mañana, algunos impacientes se empleaban a fondo en tocar el claxon, como si así fueran a solucionar mágicamente su problema.

¿Quién me paga a mí el tiempo perdido en este estúpido coche?

A varios kilómetros antes de la entrada a la ciudad, un hombre vociferaba en el interior de un Mazda 6, ataviado con un impecable traje de chaqueta mientras la mujer a su lado ponía un gesto condescendiente tratando de calmarle.

Eran casi las ocho y veinte de la mañana, y la reunión de Ernesto Torres comenzaba a las nueve en la otra punta de la ciudad.

Ernesto era un ejecutivo con un talento innato para los negocios y una intuición especial para olfatear el éxito. Su agresividad en el trato, transmitía la impresión de que era un hombre con el que convenía no jugar, impresión que transmitía no sólo a sus competidores sino también a sus propios trabajadores.

La mujer a su lado, Sara, era su asistente personal. Una mujer ni guapa ni fea, ni alta ni baja, lo que hacía que fuera como una sombra detrás de su jefe. Su designación fue objeto de polémica porque Ernesto trató por todos los medios de que fuera sustituida por un hombre, alegando

que no podía confiar en una persona a la que no tuviera total respeto y presentando estadísticas concluyentes sobre el absentismo de hombres y mujeres. Sin embargo la decisión del Departamento de Recursos Humanos de su empresa fue concluyente: aquella mujer era la mejor preparada y su contratación era un hecho que no entraba dentro de las competencias de Ernesto cuestionar.

Tras la típica fase de negación, finalmente se resignó a soportar a esa mujer animado por la idea de que el más mínimo error le daría un motivo para dejar de ver su anodina cara y poderla sustituirla por alguien, en su opinión, más capaz.

A Ernesto no le hizo falta presionarla especialmente en un mundo en el que el mobbing es tan habitual que ha dejado de ser noticia. Simplemente le bastaba con ser exactamente como él era, con desplegar la intolerancia que rezumaba y con poner la mueca de desprecio que su cerebro, de forma automática, generaba ante cualquier esfuerzo de su asistente por agradarle y ser eficiente.

Hoy conducía él mientras ella pasaba las páginas de su agenda asintiendo con la cabeza sin dar respuesta a las barbaridades que profería su jefe.

Todavía me pregunto por qué te hice caso y no tomamos un desvío. Seguro que a estas horas ya nos encontrábamos en la oficina pero, claro ¿qué idea vas a tener tú del mejor camino?

De nada valdría decirle que fue él mismo el que lo propuso y que ella sólo se limitó a asentir, pues bastante menos que eso había servido para ganarse un reproche en anteriores ocasiones.

Los siguientes treinta minutos transcurrieron como siempre; mientras ella repasaba la agenda diaria y aprove-

chaba para hacer las llamadas de teléfono pertinentes, él repartía su tiempo entre preparar en alto la reunión, e insultar a conductores, carreteras y cualquier cosa que se pasase por su imaginación.

A las nueve menos diez salieron del embotellamiento y cogieron un desvío a la derecha con un tráfico más fluido. Estaba claro que a cuarenta kilómetros por hora no llegarían a tiempo a la reunión, por lo que Ernesto pisó el acelerador y circuló como si la carretera fuera suya, cosa habitual ya que siempre actuaba como si fuera el dueño de todo lo que le rodeaba.

El teléfono sonó y Sara descolgó para recibir la providencial noticia: parecía que el atasco también había afectado a los clientes y llegarían algo más tarde a la reunión.

¡Vaya! ¡Menos mal que algo sale bien en esta asquerosa mañana!

Si señor Guzmán— Decía Sara mientras continuaba hablando con el cliente por teléfono - , ahora se encuentra al volante pero en cuanto pueda le llamará para concretarlo todo...

¿Se puede saber qué haces? — Gritó él ajeno a todo — los tratos no se cierran haciendo esperar a la gente. Dame ese teléfono ahora mismo...

Y sin disminuir la velocidad se inclinó hacia el asiento del copiloto con una mirada inquisitoria mientras le arrebatava el teléfono con brusquedad.

Fue todo rápido, fue todo demasiado rápido. El brusco gesto hizo que pegara un volantazo, apenas perceptible, pero suficiente para invadir el carril contrario y colisionar contra un BMW que circulaba en sentido opuesto. El impacto seco cambió la trayectoria del Mazda, que derrapó hasta romper el guardamiedos del puente y se precipitó al

vacío, varios metros, hasta caer en la autovía inferior provocando otra colisión múltiple.

Ernesto Torres Cortés y Sara Jiménez Arias, del otro vehículo no sé nada – leía de un informe una voz grave de hombre.

Dos enfermeros conversaban en la Unidad de Cuidados Intensivos del Hospital Civil mirando a los dos pacientes con pronóstico crítico, mientras, uno de ellos tomaba notas antes de ser llamado y salir corriendo en dirección a Urgencias.

La habitación quedó en silencio...

¿Qué sucede? ¿Por qué no puedo moverme?

Habían pasado dos días desde el accidente, por primera vez en mucho tiempo aquel hombre que creyó controlarlo todo sentía miedo. No podía moverse, ni tan siquiera abrir los ojos y sentía una mezcla de dolor y mareo de la que aún no era del todo consciente.

La cama en la que yacía era la misma a la que le habían llevado hacía dos días, cuando muy poca gente le habría dado esperanzas de haber salido adelante después de haber sido intervenido a vida o muerte por tener varios de los órganos vitales afectados. La mayor parte de su cuerpo permanecía cubierto por una gruesa venda, incluida la cara, donde los cristales de la luna de los vehículos implicados le habían ocasionado innumerables cortes. Una escayola cubría la mitad superior de su cuerpo.

Sin duda había sido un milagro que hubiese sobrevivido ya que, aunque los airbag funcionaron a la perfección, tenía una postura demasiado forzada en el momento del impacto. Siempre había sido un hombre luchador y tenía

muy claro que también iba a salir de ésta. Ya tendría tiempo de preocuparse después de ver qué habían hecho esa pandilla de inútiles sin él en la oficina. Pensó que si tuviera que llevar bastón tal vez acentuase su imagen amenazante...

Todo el cuerpo le dolía, le dolía mucho. Parecía que los calmantes dejaban de hacer efecto pero estaba demasiado cansado y demasiado aturdido como para pedir ayuda. Cubierto como estaba de cables y electrodos, alguien lo notaría pronto y acudiría. Cuando el cansancio y el dolor pudieron con su resistencia, Ernesto volvió a perder el conocimiento.

La habitación seguía en silencio pero esta vez la cama de al lado estaba vacía.

Un sonido agudo y desgarrado volvió a despertar a Ernesto varias horas después. Era una voz de mujer que estaba llorando a escasa distancia de él. No fue hasta que ella comenzó a hablar cuando notó ese tono extrañamente familiar que no le costó reconocer aunque no fuera capaz de verla. Se trataba de Isabel Serrano, también trabajaba en su empresa como vicedirectora del departamento de producción. Una mujer trabajadora y muy guapa. Siempre había existido entre ambos un curioso coqueteo que no había ido más allá pero, en definitiva, era una mujer. Siempre pensó que "con esas piernas estaba claro cómo había logrado ser vicedirectora", claro que Ernesto no sabía que Isabel fue primera de su promoción y tenía un expediente y un currículum que no dejó lugar a dudas cuando la contrataron entre más de doscientos aspirantes.

De pronto se sintió poderoso. Estaba claro que había causado una impresión tan fuerte en esa mujer que había ido a verle en cuanto se había enterado del accidente. Tal

vez, cuando hubiera terminado todo esto, fuera a su despacho para agradecer su interés de la forma que a veces había imaginado lascivamente.

¡Sara...! – Pronunciaba aquella mujer.

¡Vaya! Hasta ese momento no había reparado en que iba con su asistente en el momento del accidente. ¿Qué habría pasado con ella? Su cerebro se hacía esa pregunta movido sólo por la curiosidad.

Sara... – Continuaba diciendo la mujer – tienes que ponerte bien ¿me oyes? Ahora tienes que pelear por salir, todos estamos aquí contigo, todos te vamos a ayudar. ¡Maldito sea ese Torres y que en el infierno tenga su merecido! Gracias a Dios que al menos tú has sobrevivido.

¿"Al menos"? ¿Qué quería decir esa mujer con "al menos"? ¿Y por qué si hablaba con Sara se dirigía a él? ¡Además estaba claro que él estaba vivo! En un momento de lucidez lo comprendió todo, uniendo retazos de conversaciones que había escuchado desde hacía días en estado de seminconsciencia. Había tenido un accidente donde hubo una víctima. Sara había muerto al poco tiempo de ser hospitalizada y, por algún extraño motivo, aquella mujer pensaba que bajo ese vendaje estaba su amiga.

Un pequeño cartel rezaba a los pies de la cama lo que parecía una cruel broma del destino:

SARA JIMÉNEZ ARIAS Pronóstico: MUY GRAVE

Cuando volvió a la realidad empezó a analizar la situación. Podía entender que aquella mujer llorase, ya que pensaba que él había muerto, eso estaba claro, lo que no entendía es por qué entonces le había llamado "maldito".

Seguro que era cosa de su asistente que había ido malme-
tiendo y poniendo a su amiga en contra de su jefe.

Puede que la muerte haya sido un castigo excesivo –
pensaba soberbio – pero al final cada uno recibe lo que se
merece. Esa niñata no tenía que haberse metido en la vida
de Isabel ni haber pretendido encontrar un sitio en un
mundo de hombres. Lo primero que tengo que hacer en
cuanto me recupere, es buscar a alguien que tenga ganas
de trabajar y no de chismorrear en la oficina. En cuanto a
Isabel...

Debajo de las vendas se dibujaba una sonrisa preten-
ciosa imaginando la sonrisa de la mujer al recibir la noticia
de que él se había salvado y seguro de confirmar su sospe-
cha de que por mucho que lleven un traje ejecutivo de Di-
or y un moño alto, en el fondo las mujeres son todas unas
blandas.

Las palabras dulces de Isabel volvieron a llenar la es-
tancia.

No sé si puedes oírme, Sara, pero me gustaría decirte
muchas cosas que tendría que haberte dicho antes como
amiga. Quiero pedirte perdón, perdón por haberte hablado
de este trabajo y haber dejado que desperdiciases tu talen-
to a la sombra de ese cerdo. Perdón por haberme callado
todas las injusticias que vi, todos los insultos que escuché
de tu jefe mientras justificaba sus propios errores diciendo
que eras una incompetente ¡una incompetente, tú! Y yo me
callaba dándole la razón con mi silencio y perjudicando a
una amiga para no empañar mi carrera. ¡Lo siento mucho
Sara!



Quiero que sepas que voy a apoyarte aunque sé que tú puedes con todo. Ya no tienes que preocuparte de ese imbécil ni ser su sombra, ahora puedes brillar y demostrar lo que tú vales y sentirte afortunada de lo que ha pasado. Te pondrás bien y pronto nos reiremos de todo esto.

Ernesto se encontraba completamente descolocado mientras sus planteamientos caían como si de un castillo de naipes se tratase. Aquella mujer no lloraba por él. Aquella mujer no le amaba ni sentía nada por él. Aquella mujer se sentía afortunada de que no existiera él.

Isabel Serrano pasó aquella tarde hablando y haciendo planes de futuro. En su sincera confesión a su amiga no pronunció ni una sola palabra amable dirigida a su antiguo jefe, todas y cada una de sus lágrimas llevaban el nombre de su amiga Sara.

Detrás de las vendas, un testigo mudo de su desahogo la escuchaba sin poder contestarle ni sacarla de su error.

- ¡Mejor así! – se convencía resignado -. Me gustará ver su cara de idiota cuando se entere de que su amiga está muerta y que ella tiene un pie fuera de la empresa. Pienso hacer que se arrepienta de cada una de las palabras absurdas que acaban de salir de su estúpida boca. Todavía no comprendo cómo pude pensar que podría obtener algo bueno de esa víbora, está claro que son todas iguales...

Cuando terminó el horario de visitas, un enfermero le comunicó a Isabel que debía abandonar la habitación. Ernesto escuchó atento esperando que el enfermero se percatara del error pero nada ocurrió. Escuchó los pasos mientras las dos personas abandonaban la habitación y le dejaban en la soledad de sus pensamientos.

A la mañana siguiente escuchó por primera vez la voz de un hombre preguntándole al enfermero hasta qué hora podría quedarse en la habitación, estaba claro que era una visita. Ernesto estaba expectante por ver si aquella voz temblorosa y desconocida venía a verle a él o era otra visita más para su asistente a la que odiaba cada vez más por momentos. Las expresiones de cariño del hombre le sacaron pronto de su incertidumbre.

- He venido en cuanto he podido, princesa. Casi no podía creer lo que oía cuando me llamaron por teléfono de tu oficina para decirme que habías tenido un accidente mientras ibas al trabajo.

La voz sonaba joven aunque era difícil saber más porque apenas era un hilo de voz imperceptible. Estaba claro que era la pareja de su asistente, aunque en ningún momento escuchó a Sara hablar de su vida personal y fue toda una sorpresa.

Si se hubiera quedado en casa cuidando de los suyos no le habría pasado lo que le ha pasado. Imagino que este chico viene a reprocharle su falta de responsabilidad y está claro que razón no le faltará – Se decía Ernesto convencido de tener razón esta vez.

Sólo quería decirte que me hubiera gustado que en ese momento tan duro hubiéramos estado juntos.

Tenía razón, está claro que este chico ve la situación desde un punto de vista objetivo y sensato – Pensaba Ernesto convencido.

Me hubiera gustado haber podido estar a tu lado en vez de estar tan lejos. Haber podido cumplir los planes de los que tantas veces habíamos hablado pero tú siempre querías superarte a ti misma y lograr el reconocimiento

que tantas veces se te negó. Siempre fuiste tan generosa que todo diste y nada pediste. Siempre una palabra amable, siempre una solución a todo, esforzándote por ser perfecta sin creernos a todos los que te decimos que ya eres perfecta.

Sé que no estarás orgullosa de oírme decir esto, pero me alegro de que él haya muerto. Sí, princesa, sé que es egoísta pensar esto pero no puedo dejar de pensar en todo lo que ese hombre nos quitó. Todas las horas de trabajo nunca valorado que te llevaste a casa, tantos planes de formar una familia que fuimos retrasando hasta que tu situación en la empresa se hubiera estabilizado. Porque a mí no me gusta que sufras. Lamento que ahora estés sufriendo pero sé que tú eres fuerte y sé que te vas a recuperar y a partir de ahora nada podrá pararte ni podrá pararnos. Pienso apoyarte siempre, en tu vida, en tu carrera...

Y continuó haciendo planes como si estuviera relatando el cuento de La Lechera mientras Ernesto escuchaba rabioso sin poder contestarle.

- ¡Menudo calzonazos! Me había equivocado al juzgar a aquel hombre. Está claro que no se puede esperar gran cosa de un hombre que no sabe controlar a su esposa. Me gustaría darle un par de consejos a ese pringado sobre quién lleva los pantalones en casa.

No supo calcular el tiempo que aquel hombre estuvo en la habitación ya que gran parte del tiempo estuvo en silencio, escuchándose sólo su profunda respiración, algo que inquietaba a Ernesto por momentos. Comenzó a pensar que podría percatarse del error y terminar con él allí mismo, pero no fue así. Apenas se hubo marchado llegó la última visita del día, un taconear rítmico y familiar que se

adivinaba desde el fondo del pasillo. La puerta se abrió y pudo oler su perfume.

Hola Sara – suspiró la mujer -. No espero que adivines quien soy porque en realidad no nos conocemos.

No podía creer lo que estaba escuchando, reconocería aquella voz melosa en cualquier lugar del mundo por muy triste que sonase, como aquel día. Aquella era la voz de su esposa.

Todavía no he sido capaz de ir a ver el cuerpo de mi marido. Sí, soy la esposa de Ernesto Torres – Ernesto no podía verla pero adivinaba una lágrima en su mejilla-. No he sido capaz de acercarme allí hasta haber hablado contigo.

Por fin alguien iba a poner a esa Sara en su sitio. Ahora le diría lo mucho que la odiaba por haber sobrevivido mientras su marido yacía en el depósito. Quería escuchar su rabia, necesitaba escuchar su rabia. Ojala pudiera proyectar todo el odio que sentía en ese momento por su asistente y que su esposa pudiera sentirlo.

Sara, sólo quería pedirte perdón – las palabras cayeron sobre Ernesto como una losa.-. Fueron muchas las veces que él hablo de ti y nunca fueron palabras amables pero con Ernesto muchas veces había que saber leer entre líneas. Sé que él te despreciaba, como despreciaba tantas otras cosas que tenía miedo de reconocer.

Te confesaré que te entiendo mejor de lo que crees. Pasé mi vida dando a ese hombre lo mejor de mí, sacrifi-

cando mi carrera, fuerza y alegría por alguien que fue incapaz de querer a otra persona que no fuera a sí mismo.

Me hubiera gustado decirte que no siempre fue así pero te mentiría, aunque sus prejuicios crecieron con cada batalla que ganó. Me he sorprendido a mí misma sintiendo alivio y no el vacío que pensé que sentiría con su falta. Todo el mundo merece respeto Sara, nunca lo olvides, y las dos hemos callado bastante. Sólo espero que tengas mucha suerte y que le perdones algún día, como espero que llegue el día en que pueda perdonarle yo.

La puerta sonó mientras se escucharon pasos de tacones alejarse corriendo. El silencio en la habitación era tan denso que pudo escucharse el sonido de una lágrima detrás de las vendas.

Justo antes de que la frágil figura femenina alcanzada el ascensor de la sexta planta, los pasillos cobraron vida en cuestión de segundos. Un grupo de médicos y enfermeros corrieron hacia la habitación seiscientos tres alertados por un penetrante e intenso pitido que advertía de que algo no iba bien. En su carrera frenética tropezaron con la mujer que acababa de abandonar esa habitación. Como intuyendo lo que sucedía, ella comprendió de pronto que se dirigían a la misma habitación de la que hacía apenas un minuto que acababa de salir.

¡Dígame qué sucede, por favor! ¡Acabo de salir de esa habitación y parecía que todo estaba bien!

¡Por favor señora, apártese! ¡Déjenos hacer nuestro trabajo!

No podía creer que en la misma oscura habitación de la que acababa de salir, se hubiera desmoronado en cues-

tión de segundos la vida de aquella pobre mujer. ¡Tal vez hubiera sido por sus palabras! Aunque ella lo único que pretendió fue darle ánimos y fuerza, no podía menos de sentirse culpable.

Sólo pasaron minutos en lo que parecieron interminables horas mientras al otro lado de la puerta los médicos trataban de salvar la vida de Ernesto. Su esposa esperó en el pasillo tapándose los oídos con las manos mientras escuchaba los vanos intentos del equipo médico por recuperar al paciente de aquella habitación. No hizo falta que le dijeran nada al ver el gesto de los médicos al salir de la habitación. Uno de ellos se dirigió hacia ella.

Lo siento señora, hemos hecho todo lo que hemos podido pero ha sido imposible recuperarlo. ¿Es usted su esposa?

¿Cómo "su esposa"?

La esposa de Don Ernesto. Sólo quiero decirle que hemos hecho todo lo que hemos podido, en realidad no me explico lo que ha podido pasar porque su esposo se estaba recuperando lenta pero satisfactoriamente. Sin embargo todas sus constantes se han desplomado súbitamente y no hemos podido hacer nada para su reanimación.

Sólo quiero darle el pésame lamentando mucho lo que ha pasado, si quiere esperar unos minutos el médico encargado de llevar el caso de su marido pasará a hablar con usted. Tendremos que esperar hasta tener más respuestas pero tengo que confesarle que no me explico la causa de de deterioro tan repentino.

Ella levantó los ojos llenos de lágrimas con una serenidad que no reflejaba lo que en ese momento atravesaba su corazón al comprenderlo todo. Con la voz melosa que

hacia poco había llenado la habitación seiscientos tres, sus palabras expresaron lo que sólo ella supo entender.

Ha muerto de pena, doctor, mi marido ha muerto de pena.

Sin saber qué decir, el médico le puso la mano en su hombro, ella ni siquiera sintió su contacto. Su sonrisa desapareció, se cubrió la cara menuda con las manos y rompió a llorar...

Todo es ponerse

Yolanda Díaz Gutiérrez

Después de la jubilación, Paco pasó una mala racha. Había trabajado desde que era un niño y no sabía qué otra cosa hacer, los amigos que tenía también quedaban atrás, todo su legado si no contaba a los hijos, que eran más de su esposa. Cayó enfermo, después de mil pruebas le dijeron que era depresión, una enfermedad de la mente que él creía que sólo sufrían las mujeres. Se quedó encerrado en casa, sólo, callado, quieto. Paco tuvo tiempo para pensar, para mirar a su alrededor todo aquello que siempre estuvo, se dio cuenta que no había prestado atención. Ignoraba que sus hijos iban a la casa a diario, que la abuela cuidaba a los nietos, le sorprendió lo activa que vio a María con los años que tenía. El hombre no sabía cómo había acabado viviendo con aquella señora que no conocía, tenía un vago parecido con una muchacha de la que una vez se enamoró.

Nunca había pasado tanto tiempo sin hacer nada, Paco tuvo ocasión de desmoronarse lentamente al ver su vida acabada, estaba convencido que sólo le quedaba esperar la muerte desde su silla al sol, junto a la terraza. Los amigos que creyó que tenía no habían aparecido desde que dejó la empresa ni a dar un "buenas tardes", los nietos que almorzaban en la casa a diario eran niños ruidosos, con sus propios hijos, que sólo le hablaban para un "buenas tardes" no había tenido nunca una buena relación. Se sentía viejo, jamás se encontró tan solo, tan apático, pero por más que el médico, hijos y esposa le sugerían que caminara, que fuera al centro de día o que tuviera una afición, su problema era que estaba desubicado, se sentía anacrónico, y no

entendía cómo había cambiado todo mientras él envejecía sin darse apenas cuenta. Pero si tiempo tuvo de venirse abajo, también tuvo tiempo Paco de volver a resurgir, de cambiar sus esquemas mentales y empezar de nuevo, lástima que no se le ocurrió.

Observó a María, reconocía que si había algún alivio para su mal era esa presencia familiar y ajena, lo único que le quedaba cuando llegaba la noche y el silencio se imponía. La mujer se levantaba al alba para recoger la casa, recibía a los nietos y les daba el desayuno, después los llevaba al colegio y hacía la compra, trapicheaba en la cocina hasta la hora de ir por los niños otra vez, les daba de comer y aparecían los padres para recogerlos y, de paso, mendrar. Cuando el hijo y las hijas se marchaban con sus vástagos, María seguía faenando, cosía alguna prenda, visitaba a un enfermo, ayudaba a los vecinos. Al igual que le daba alivio tenerla cerca, María lo ponía nervioso con tanta actividad, no tenían mucho en común y, al final del día, sentados frente al televisor, María dormitaba de agotamiento y Paco de puro aburrimiento.

Aquel día no era especial, sólo fue cuando empezó a cambiar la cosa, y todo porque Paco se dio cuenta que podía tardar mucho en morir. Se levantó de su silla, fue a la cocina donde estaba María, trapicheando como de costumbre, con varias ollas por medio, verduras variadas en el fregadero, varias bolsas de plástico llenas en el pollete. Sólo iba a mirar, picar un poco de lo que fuera por hacer algo, pero María lo hizo sentarse y le puso por delante un café y una bolsa de habichuelas verdes. "Recórtales los bordes y las puntas, y las vas poniendo aquí, que verás que revuelto vamos a hacer", dejó un escurridor en la mesa y se dio la vuelta para seguir con los preparativos del almuerzo. María comentó que iba a hacer un buen puchero

para repartirlo con los hijos y una vecina convaleciente que vivía sola, eso llevó al precio de los mercados, de ahí al recuerdo de todo lo que se compraba otrora con dos perras gordas, del pueblo que abandonaron cuando se casaron jóvenes para buscar en la ciudad una vida mejor. Cuando llegó la hora de recoger a los niños del colegio y María echó a correr porque llegaba tarde, Paco había destrozado un kilo entero de habichuelas, resultó que no era fácil y casi le dio vergüenza haberlo hecho tan mal, pero hacía mucho que no charlaba con su esposa y eso le había sentado bien.

“¿Qué hago, niña?”, Paco volvía a la cocina dispuesto a ayudar, en realidad lo que esperaba era conversar, compañía, distracción, pero si para eso tenía que pelar tomates, los pelaría. Ya había fregado platos, había puesto una cafetera, había separado ropa blanca de la de color, y además, había recordado la risa de su mujer. A María le venía bien el pinche, aunque era torpe porque no ponía interés, le dijo que también le ayudaría si recogía del colegio a los niños a mediodía, pero tuvo que pedirlo muchos días seguidos para que Paco accediera. Echar una mano en la casa, donde nadie podía verlo, era una cosa, pero qué dirían los que lo conocían si también lo vieran en la compra o en el parque con los niños. A regañadientes accedió, y fue, y resultó que en la puerta de la escuela se encontró con uno del pueblo que se había ido a vivir al barrio con su hija. “Mi nieto es un trasto, Paquillo, pero me tiene entretenido todo el día y me tengo que reír, además, mira qué de flores”, y señalaba con la mano abierta a las jóvenes madres que esperaban charlando, con carritos de bebé o con bolsas, otras se apoyaban en sus coches en doble fila, y más hombres jóvenes de lo que Paco esperaba.



Lo que no sabía era cómo reconocería a sus enanos entre la riada de capuchas de colores que salió de aquella verja cuando la puerta se abrió, no hizo falta porque los niños lo encontraron antes y en un segundo, cargaba unos carritos con mochila, sendos abrigos y una bolsa de golosinas que no sabía cómo llegó allí. Estaban los cinco y siguiéndolos hasta la casa se acordó de cuando cuidaba cabras en su breve niñez, y era más fácil manejar a los animales. Daban pingos por la acera, hablaban atropellándose de todo lo que habían hecho en la clase, se gritaban unos a otros y hasta tuvo que comerse un par de gominolas mordidas que los niños habían desechado, Paco reconoció que tenía razón su viejo conocido y amigo nuevo, tenían gracia los chiquillos.

Podía ser por lo de ayudar en la casa, por lo de cuidar a los niños, pero la cosa siguió cambiando, y sus hijos se acercaron a Paco. Su hijo le regaló un delantal y lo llamó "cocinillas", sus hijas le trajeron un ordenador y le hicieron prometer que aprendería a usarlo. Lo cierto era que Paco no se encontraba tan alicaído cuando estaba ocupado, y sólo la cocina ya era una tarea interminable, a nadie le había referido la satisfacción que sintió cuando puso en la mesa su primera tortilla, pero lo de barrer y la ropa no le gustaba tanto. Además, ahora tenía que ser él el que recogiera a los niños, se lo habían pedido a voces porque la abuela nunca consentía comprarles chucherías a la hora de comer, pero cuando Paco los miraba veía a sus hijos y la oportunidad de restaurar con ellos todo lo que se había perdido.

Aquella mañana María había salido a hacer un recado, según dijo, y dejó a Paco a cargo de todo. Tenía que apagar la lavadora cuando parara, cocer arroz para el caldo, pelar unas naranjas y poco más, como le pareció cosa fácil

se dispuso a hacer una ensalada, barrer la terraza, hasta que se vio desbordado y se acercaba la hora de que los niños salieran de la escuela. Al fin María llegó, como Paco se había ofrecido para ayudar, la mujer había tenido tiempo de ir a la peluquería y arreglarse, estaba tan guapa y contenta, que Paco entrevió a la chiquilla risueña de su juventud. Pudo quedarse a discutir y echarle en cara el tiempo que había estado en la calle, pero había merecido la pena y Paco se dejó convencer para ir a la tienda a recoger una bolsa que la otra dejó olvidada. Al llegar a la calle se paró, nunca había ido a una tienda si no acompañaba a su mujer, maldita la gracia que le hacía la idea, si acababa yendo a la compra terminaría llevando vestido.

Tampoco fue tan difícil, Paco llegó a la tienda, el tendero lo reconoció de haberlo visto en el parque con los nietos, también él era jubilado pero echaba una mano en la tienda de su mujer. Le tendió las bolsas olvidadas, dijo que esperaba verlo más por allí y luego el tendero se despidió. De vuelta al edificio tuvo que esperar el ascensor, un joven alto, fortachón con ropa deportiva, llegó y le saludó efusivamente, pero Paco no lo conoció, "soy el niño de Pepita, del quinto". Paco no sabía cómo no había reparado en él, la última vez que lo vio llevaba calzones cortos y bajo el brazo un balón, ahora decía que trabajaba en el centro de día de mayores, que era monitor de gimnasia y fisioterapeuta. Todavía Paco no se había recuperado de la impresión y ya el otro lo había comprometido para pasar un día por allí, sabía que era emérito, que lo había pasado mal una temporada y que estaba aprendiendo a hacer tareas domésticas, el muchacho no dejaba de sonreír y antes que pudiera negarse, Paco estaba comprometido para hacerle una visita en el hogar de mayores.

Que si "es un lugar de viejos", que si "allí sólo se juega al dominó", Paco había dejado atrás la depresión y estaba muy recuperado, pero poco tenía que ver con esos hombres que se reunían para jugar al dominó, mucho menos iba a empezar a hacer ejercicio a su edad. Ya llenaba su tiempo ayudándole a María o vigilando a esos niños que no paraban quietos, aunque también era verdad que, compartiendo las tareas, tanto él como María tenían algo más de tiempo. Ella lo invertía en arreglar las macetas, Paco en pelearse con aquel computador. Tras el compromiso que le hizo el vecino, Paco no tardó un segundo en reprimir a su mujer todo lo que le había contado y jurarle y perjurarle que no iba a poner los pies por allí. En realidad, no fue tan difícil que cambiara de opinión, si la mujer estaba dispuesta a acompañarlo, Paco estaba dispuesto por lo menos a hacer una visita, después estaba convencido que volvería a su silla junto a la terraza, pero no fue así.

La de veces que Paco se había dicho que era viejo para cambiar, y todo lo que había cambiado, según decía su mujer, por qué no seguir cambiando. María insistió en que acudieran antes que el otro lo pensara demasiado, esa misma tarde; tan pronto los hijos se llevaron a los suyos y se quedaron solos, el matrimonio salió paseando hacia la plaza indicada. Era una tarde preciosa, con las calles concurridas, la plaza un lugar renovado y el lugar, distinto de lo que esperaban. La entrada era amplia y luminosa, a la izquierda unos bailaban, a la derecha otros tomaban café y, al fondo, un hombre con bata dirigía una charla. El joven vecino que conocían apareció con su chándal sudado y su sonrisa imborrable, satisfecho de verlos, se ofreció para guiarlos en la visita y presentarles a algunas personas. "Aquí danza del vientre, allí risoterapia, acabamos de formar un coro, y aquí los ordenadores". No ocultaron que

quedaron sorprendidos, ella se había volcado en la casa y él en el trabajo, ninguna había estado antes en su nueva situación, y se sentían mayores, pero menos que muchas de las personas que había por allí. Resultó que conocían a más gente allí de la que creían, durante su recorrido por el centro Paco coincidió con el tendero y su señora que hacían bailes de salón, con el amigo del pueblo que estaba aprendiendo Internet, incluso con un antiguo compañero de trabajo que había conocido a una señora adinerada allí.

Todo fue mejor de lo que esperaba, pero Paco no salió del todo convencido, aunque lo de la informática lo intrigaba. No estaba seguro si sería capaz, todas las máquinas que él había llevado pesaban varias toneladas y se movían desde un panel, por más que le dijeran lo fácil que era. María en cambio salió decidida, quería estar en el coro y dudaba si hacer manualidades. Lo pensaron, lo hablaron, otra sesión de peluquería y María lo disuadió, la informática iba a ser un nuevo comienzo para Paco, poco podía imaginar que iba a quedar fascinado. "Menudo descubrimiento el de Internet", y que fuera tan fácil hasta para él, manejar el ratón del ordenador había sido más complicado que navegar, pero menos que cortar judías. De noche Paco aprovechaba para investigar, podía ayudar a los niños con los deberes, leer toda la prensa, tener conversaciones con gente que ni conocía. No le hizo falta nadie para llegar el mismo a la información que buscaba sobre cierto tema y cierto producto farmacéutico que le pidió a su médico, cuando lo compró y lo probó, la transformación fue completa.

Ahora que Paco miraba atrás, le parecía lejano el tiempo que perdió junto a una ventana esperando la muerte, lo engañado que estuvo al creer que la vida se acababa cuando estaba a punto de empezar. Si sus amigos de en-



tonces lo pudieran ver manejándose en la cocina se quedarían maravillados, sus nuevas amistades sólo planificaban el día siguiente. El quiso hacer igual, así que uno a uno, habló con todos sus hijos para explicarles lo que había aprendido, quería que su legado fuera más que la cantidad de ladrillos que colocó de albañil. Aprovechó para pedirles que buscaran unas buenas cuidadoras de niños, entendía que trabajaran tanto pero les recomendó que se dedicaran más a sus familias, en cualquier caso su señora y él habían trabajado suficiente y ahora les tocaba disfrutar, María y él tenían muchos planes. Mirando las cuentas por Internet, Paco descubrió con agrado que tenían más ahorrado de lo que pensaba, María ya lo sabía porque era quien administraba los dineros, lo había reunido a lo largo de muchos años por si había alguna eventualidad que, por suerte, no hubo. El otro había visto en su ordenador muchos lugares interesantes, y los viajes estaban baratos con eso de los vuelos de bajo coste, aunque un crucero tampoco estaría mal, o una estancia en un balneario, lo mismo daba porque tenía tiempo y mucho por hacer.